



**Antonio Bellido Almeida, Peregrinos en la noche. Oraciones de la pobreza, Parroquia de Santa Eulalia de Mérida, colección Eulaliense, nº 15. Mérida, 2020, 139 págs. Autoedición**

Antonio Astorgano Abajo  
*Astorgano1950@gmail.com*  
ORCID: 0000-0001-5585-7499

Cuando el 15 de marzo de 2020 el gobierno español decretó el confinamiento riguroso y general de toda la población, intentando atajar la pandemia del covid 19, no pocos escritores tomaron la pluma para reflejar la insólita experiencia. Uno de ellos es el librito, *Peregrinos en la noche*, autoeditado por Antonio Bellido Almeida en Calamonte, con licencia del arzobispado de Mérida-Badajoz.

Como todos los suyos, es un librito poético-moralista de un sacerdote católico modélico, en el que la pluma está admirablemente puesta al servicio de su profesión. Sinceramente creo que su literatura está infravalorada por su carácter religioso. Aprovecho esta ocasión para reseñar una de sus últimas publicaciones desde la perspectiva de un compañero en la enseñanza, hace ya casi cincuenta años.

Espero no exagerar en mi relato, pues estoy hablando de un amigo al que conocí exactamente el 1 de octubre de 1975 y con el que estuve trabajando en el Instituto Santiago Apóstol de Almendralejo (Badajoz) hasta el 30 de septiembre de 1979, cuando, quizá equivocadamente, me trasladé al Instituto Politécnico de la ciudad de Zaragoza. Al principio yo impartía, no solo lengua y literatura, sino prácticamente todas las asignaturas de Humanidades y Lenguas. Bellido era coadjutor de la Parroquia de San Roque desde julio de 1972, en la que se había presentado, ofreciéndose como “sacerdote, como hombre de Iglesia, que busca por encima de todo, colaborar en la santificación y salvación vuestra” (Hoja parroquial del 9 de julio de 1972). En el Instituto Apóstol se ocupaba del área religiosa. Había nacido a principios de los cuarenta en Segura de León, pueblo levítico, estudiando primero en el Seminario de San Atón, de Badajoz, continuando posteriormente en el de Cáceres, y ordenándose sacerdote en Alcuéscar el siete de julio de 1968. Desde esta fecha, y hasta su llegada a Mérida, en 1987, estuvo de

Fecha de recepción: Abril 16/2023  
Fecha de aceptación: Abril 25/2023

Montalbán N.º 61

Antonio Astorgano Abajo

formador del Colegio diocesano en la misma Alcuéscar, de párroco interino en Aldea del Cano, en el Colegio Formacionista en Calamonte, fundado por su admirado Leocadio Galán Barrera, donde también fue director de la Residencia de Estudiantes. En Almendralejo desempeñó una loable actividad pastoral durante quince años (1772-1787), como coadjutor de la humilde parroquia de San Roque, muy cercana al mundo gitano, donde yo lo conocí, y párroco, finalmente, de la de San José.

En los treinta años siguientes, en los que ejerció como cura párroco de Santa Eulalia, en Mérida, Antonio, magnífico gestor y pastor de almas, se afianzó como poeta y teólogo popular, alcanzando un canonicato en la Concatedral de Santa María emeritense.

Por cierto, circulan varios relatos históricos sobre el Instituto Santiago Apóstol, bastante desinformados, pues consideran este periodo simplemente como un paréntesis de transición, cuando en realidad fue una auténtica refundación. En octubre de 1975 dicho Instituto era un auténtico solar, pues su alumnado era un grupo de 16 alumnos repetidores y el anterior profesorado, con más de veinte años de antigüedad en el mismo, se había trasladado en masa al vecino Instituto de bachillerato “Carolina Coronado”, recientemente inaugurado y de mayor prestigio académico. Gracias al esfuerzo de parte del nuevo profesorado, que impartió numerosas charlas en los colegios de los pueblos de alrededor, explicando las excelencias de la nueva Formación Profesional y del viejo Instituto Técnico, al finalizar el curso 1978-1979 contaba con cerca de 400 alumnos y la construcción de un pabellón, y con la incorporación de nuevo profesorado, entre los que se encontraban varios que llegarán a ser directores generales de la entonces non nata Junta de Extremadura. Personalmente, aparte de impartir 32 horas semanales de clase, mañana y tarde, publiqué un pequeño ensayo sobre la dislexia en dicho Instituto (“Esbozo de la dislexia en un Centro de Formación Profesional”, en Profesiones y Empresas, Madrid, número 59, Abril-Junio de 1979, pp. 13 - 18). Quede esta declaración para recuerdo de los desmemoriados.

Pero volvamos a la literatura de Bellido Almeida. Desde el primer día empatizamos y Antonio me comentó que desde el verano anterior (1975) un grupo heterogéneo de poetas, cantautores e intelectuales de distinto pelaje, más o menos politizados y todos contrarios a la

Antonio Astorgano Abajo

Dictadura agonizante, se reunían en varios pueblos de Extremadura con bastante asistencia de público. Me invitó a ir con él (en ese momento yo no tenía coche), por lo que asistí con mis poemas a bastantes reuniones en 1975 y 1976, hasta que me fui desligando poco a poco, porque tenía planificado el traslado a Zaragoza. En estas reuniones conocí a intelectuales y políticos (Martín Rodríguez Contreras, que estuvo a punto de involucrarme en el PSP de Tierno Galván, Tomás Martín Tamayo, Francisco Lebrato Fuentes, Piedad González-Castel..., cantautores como Luis Pastor, Pablo Guerrero, y sobre todo al poeta Manuel Pacheco, respetado como líder del grupo). Desde la perspectiva actual éramos unos ingenuos, con temas de conversación, como los males de la emigración, tanto interior como exterior: como si todos los emigrantes estuvieran deseosos de regresar. Eran tiempos convulsos y reivindicativos de una “divinizada democracia”, bastante tergiversados en la actualidad, aunque perfectamente documentados por el periodista José Luis Granados (1975, el año de la Instauración, Madrid, Ediciones Giner, 1977).

Con el único de este grupo que he mantenido relación epistolar y telefónica es Antonio Bellido, quien ofició el 13 de junio de 1976 en mi boda con Beny de la Paz Lozano Llamazares, maestra nacida en Fuente del Maestre, quien, de vez en cuando, me recita con grato recuerdo los dos poemas que nos dedicó en dicha ceremonia. Puntualmente me ha estado enviando un villancico impreso cada Navidad y los 26 libros que fue publicando desde 1981 (Utopías, sobre las Bienaventuranzas) hasta el último, que me entregó personalmente en nuestra reunión del 29 de abril de 2022 (Se llamaba María), que había salido de la imprenta esa misma mañana.

En un viaje por motivos relacionados con la Real Academia de Extremadura y familiares (la boda de un sobrino), dicho día 29 de abril estuvimos toda la tarde charlando después de muchos años. Lo encontré bastante bien de salud y animado, después de los graves problemas tenidos hacía dos años. Vivía como un jubilado más en la humilde Residencia Casa de la Misericordia San José y Padre Leocadio de Calamonte. En la intimidad me contó detalles de su intensa y fructífera labor pastoral, que ya conocía a grandes rasgos, como la magnífica restauración de la hoy basílica menor de Santa Eulalia, que no recibió ni un euro de subvención de las distintas administraciones públicas, sino que fue financiada con micro créditos personales, que fueron devueltos hasta el último céntimo.

Antonio Astorgano Abajo

Cuando le pregunté de dónde había sacado tiempo para tantas polifacéticas y encomiables actividades socio-religiosas, compatibles con las exigencias pastorales de una parroquia tan prestigiosa y numerosa como la de Santa Eulalia de Mérida, durante casi treinta años, todo el mérito se la atribuía a la Divina Providencia, además de a los competentes colaboradores y a la generosidad de sus feligreses.

Siempre estuve convencido de que Bellido Almeida llegaría a obispo, no sólo por su formación y buenas dotes oratorias, sino por su espíritu auténticamente evangélico y exhaustivo conocimiento de las Sagradas Escrituras. Por mis estudios sobre los jesuitas expulsos, con frecuencia investigo en la Universidad Gregoriana de Roma y, hablando con un catedrático de Teología, saqué a relucir el caso de Bellido Almeida, y sonriendo me contestó: “solo le falta un grado académico en nuestra Universidad”. Con su humildad habitual, Antonio me comentó que nunca había movido un dedo en el asunto, si bien surgieron rumores más de una vez sobre su promoción a un obispado. Le insinué si no se sentía “explotado” por el obispado de Badajoz, que no quería desprenderse de un colador tan eficaz en Mérida. Me contestó alabando al arzobispo Antonio Montero, en su momento influyente en la Conferencia Episcopal Española y en la Nunciatura Apostólica (en 1994, el papa Juan Pablo II, le concederá la creación de la nueva Provincia Eclesiástica de Mérida-Badajoz), y entonces agonizante en Sevilla (fallecerá el 16 de junio de 2022).

Pero ahora centrémonos en la reseña de su antepenúltimo librito *Peregrinos en la noche* de Bellido. Casi todas sus publicaciones tienen en común que forman parte de los escritos morales que el autor redacta pensando en sus feligreses, en primer lugar, y en el resto de lectores católicos, basados en un profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras, de las que toma abundantísimas citas, como argumentos de autoridad. Este libro, como otros muchos del autor, presenta características especiales de edición, consistentes en ser autoedición, corriendo Bellido con todos los gastos de edición y distribución, puesto que muchos son regalados a los amigos y a los feligreses interesados. En concreto, cada uno de los ejemplares que me ha ido remitiendo tiene una afectuosa dedicatoria autógrafa.

Antonio Astorgano Abajo

Peregrinos en la noche es presentado en la solapa de la siguiente manera: “os dejo, amigos, este pequeño libro nacido casi todo en el “confinamiento” especial que he vivido. En la soledad, en el silencio, fueron naciendo estas oraciones que espero os ayuden en esta larga travesía del desierto”.

El título “peregrinos en la noche” quiere expresar nuestra condición de viandantes que vamos hacia la casa del Padre, es decir, desde la patria de la tierra hacia la patria del cielo. Y “en la noche”, alude a la espesura de lo incierto, del miedo y la soledad. Parece evidente la alusión al símbolo de la “Noche oscura” que deriva del poema de San Juan de la Cruz, que se ha incorporado en la doctrina espiritual como el término global para designar las experiencias purificativas y de desolación por las que atraviesan los místicos en el proceso de unión con Dios. El símbolo del encuentro en la literatura mística de Santa Teresa y San Juan de la Cruz se da como fruto de un itinerario de despojo que nos permite vislumbrar la naturaleza estética y mística de la libertad interior.

El subtítulo es “Oraciones desde la pobreza”, es decir, desde el miedo, la vulnerabilidad y también desde una esperanza firme. La dedicatoria, que Bellido llama “ofrenda”, una clara transliteración litúrgica, está dedicada a “todos los hermanos y hermanas que se fueron sin abrazos ni despedidas”, enumerando al personal sanitario, a las Fuerzas Armadas, a los sacerdotes y religiosas, a los ciudadanos que “ayudan solidariamente a necesitados y han sacado lo mejor de sus vidas para alegrar a los tristes”. Finalmente cita a los cuidadores y cuidadoras, y personal de servicio de la modesta residencia de Calamonte, en la que el 80% de los residentes sufrieron el virus, “lo soportaron con dignidad y se recuperaron con alegría”. El libro es una oración dolorida y a la vez desconfiada, que Bellido quiere compartir con los hermanos que quieran orar en común.

El confinamiento le sirve para abundar en la fe, acercarse desnudo al dios del amor que no se ausenta, sino que está en nuestra vida. Bellido Almeida rebate a Federico Nietzsche que afirmaba la muerte de Dios; al existencialismo ateo que niega a Dios para salvar la libertad del hombre, como Jean Paul Sartre y a tantos otros hombres que, pagados de su propia fuerza, prescindían de Dios y terminan “confinados” por el miedo y la impotencia.

Antonio Astorgano Abajo

Bellido termina justificando las quizá excesivas citas bíblicas: “todo el libro, como siempre he hecho, está cuajado de citas bíblicas. No es un prurito. Las citas, aunque molesten a algunos, sostienen y avalan nuestros pensamientos”.

El libro está estructurado en 27 cortos artículos, que recuerdan a un catecismo, firmemente documentado con innumerables alusiones bíblicas, tratando temas como la Fe, el Amor de Dios, la Gracia, las Bienaventuranzas, la Misericordia de Dios, el Credo, la Esperanza, Cristo y el agua, el significado de la Cruz, de la palabra “amén”, el don de lágrimas, Dios como fuente de ternura, la humildad como fuerza silenciosa, ... Y otros como la “soledad poblada”, en la que encontramos reminiscencias místicas de la “soledad sonora” del Cántico de San Juan de la Cruz. Son textos cortos muy aprovechables por otros clérigos en los ritos litúrgicos, cuyos títulos tienen evocaciones poéticas, por otro lado, características de la retórica simbólica de la literatura religiosa.

Finaliza el libro con el capítulo “Entre rimas va el señor” (pp. 136-139) donde asoma más claramente el Bellido poeta: “Te alabamos, Señor, Poeta-Creador de las llamadas Mirabilia Dei”. Con su humildad innata, Bellido se subestima como poeta: “Desde mi pobreza lírica, aunque con deseos de rimar, te [al Señor, Poeta-Creador] canto con tu palabra, con la antología de los salmos y los himnos bíblicos. Son plegaria, oración, anhelos del espíritu. Por acá somos muy prosaicos. Concédenos luz, voz, verso, metáforas y fuego en el corazón. ¡Qué poca belleza producimos en este erial humano!”.

Nos manifiesta las fuentes bíblicas de su lírica religiosa, muy cercana a la mística: “Me uno, asumo y encarno el canto de Daniel para sentirme voz de los sin voz. [...] Me uno y asumo la lírica creyente del salterio, mosaico de quejas, gritos, afirmaciones de fe, requiebros, piropos, alabanza y acción de gracias. Desde la Escritura canto a tu amor, alabo tu trascendencia, me sumerjo en tu misericordia y navego por el mar de la palabra inspirada e inspiradora”.

Partidario de beber directamente en la Biblia, Bellido acude pocas veces a la Patrística, y ahora cita a Agustín de Hipona, considerado el “Doctor de la Gracia” y el máximo pensador del cristianismo del primer milenio: “Señor, verso vivo de verdad y belleza, hermosura tan antigua y

Antonio Astorgano Abajo

siempre nueva [San Agustín], pobre de mí, que quiero cantar. Purifica mi pluma, rescata mi prosa. Conviértela en oda, poema de amor, romance de luna de Nisán o naná de Belén o aleluya Pascual. Que sea trovador de tu amor, romancero de tus pasos palestinoses [...] Concédeme versos, señor. Concédeme el numen inspirador, la musa bautizada, el soplo del Espíritu, luz en mis sombras para componer versos para ti, versos blancos como juglar peregrino de todas las peripecias y ofrecer versos, reflejos de tu belleza, a mis hermanos heridos de ausencias. Versos veraces que describan y ornen la verdad sin engaños ni falsas envolturas y la bella vidriera de tu belleza asombrosa. Versos, rimas, poemas para la melodía de tu ópera prima en el concierto de la creación [...]. Quiero ofrecerte [al Señor, Poeta-Creador] versos, fruto de un corazón trabajado y enamorado, que descubran y canten la ternura del Dios padre con entrañas maternas para que todos nos sintamos niños bendecidos por tus manos [...]. Quiero ofrecerte versos de amor a ti, amor de ternura y misericordia; versos no contaminados que sean sincero homenaje y palabra significativa para mis hermanos. Quiero ser poeta, creador, para rimar con mi amor, con gratitud a tu gratitud desbordada en el tiempo y en el espacio. Quiero, a pesar de mi pobreza, ofrecer versos; cantos para salmodiar en el arpa de la vida, salmos de alegría para proclamar tu alabanza, salmos como bálsamo en la herida, como versos en las llagas del corazón lacerado, como gritos desde la angustia en la noche, como saetas doloridas y a la vez esperanzadas en las horas de abatimiento [...]. Inspírame, Señor. Envíame la luz de tu Espíritu y así pueda ofrecer versos de consuelo, aquí y ahora [...]. Inspírame, Señor. Remueva tu Espíritu los posos de mi alma para cantar tus Misericordias” (pp. 136-138).

Cierra el libro con una oración de cuatro cuartetos, en las que Bellido vuelve a mostrarse el moralista que liga sus versos a la práctica eucarística:

Venid a mí, mis amigos,  
celebrad la Eucaristía,  
comed la carne de Dios  
que fue carne de María.

Antonio Astorgano Abajo

Si en 2016 Bellido había publicado *Huellas del camino*. Antología poética, donde recoge una selección de nueve de sus tomos poéticos y pudiera pensarse en una recopilación y final de su trayectoria creadora, ahora, cuatro años más tarde, el autor continúa peregrinando, aunque sea en la noche de una pandemia, pero agradecido: “Gracias, Señor, no merezco tanto amor, tanta alegría” (última frase del libro). Ya jubilado y cercano a los ochenta años, con la salud acorde con la edad, Bellido Almeida permanece intensamente humano y profundamente religioso, siempre al servicio de su vocación sacerdotal, la cual nunca desaparece, por lo que tenemos la esperanza de que las mitológicas Parcas lo sorprenderán con la pluma en la mano.